

LOS DOS VIREYES,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, conde de Monforte.
DIEGO.
ANGELINA.

UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCAJOR.
JUECES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PESCADORES NAPOLITANOS, MIEMBROS DEL CONSEJO COLATERAL, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el día 10 de noviembre de 1653.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del virey sumptuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados. — Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribania, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE VERGARA, VIREY.

¡Por Cristo!... esa vil canalla
No se contenta jamás.
¡Oh, no he de volverme atrás,
Ni rehusar la batalla!
¡Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
Fertilizaré tu tierra.

(Mirando por el balcon.)

Sí, rotoñarán tus mieses
Granos con tu sangre rojos,
Y trocarán mis enojos
Tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
Y ¡vive Dios! que de hoy mas
En sangre te bañarás;
Sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II.

EL VIREY; VARIOS INDIVIDUOS DEL CONSEJO COLATERAL CON TOGAS, ETC.; LOS SINDICOS, ETC.

Vir. ¡Hola! adelante, señores:
Entrad y dadme noticias
De esa rebelion.

Consej. Albricias
Os damos ya. Los traidores
Se han dispersado; está sola
La plaza, y Nápoles todo
Se calma del mismo modo
Ante la enseña española.

Vir. ¿Con que vuestra fiel ciudad
De Nápoles va ¡pardiez!
Por la vigésima vez
Contra su rey? En verdad
Que debiera con mas juicio
Andar en tales proezas,
Y no ofrecer mas cabezas
Al altar del sacrificio.

Consej. Señor conde...

Vir. Idos de aquí,
Señores, y no os dé empacho
En decir al populacho
Lo que vais á oír de mí.
Decid que mandé plantar

Una horca en esa plaza,
Y en vez de azote y mordaza
Sus cuerdas mandé emplear.
Decidle que si pensó
Escudarse con la ley,
Ya no hay mas ley, ni mas rey,
Ni mas tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
Haré porque el resto calle,
Matarle donde se le halle,
Sea muger, sea hombre.
¿Lo habeis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,
Y tomadlo al repetirlo
Para vosotros tambien.
Si Nápoles no se humilla
De Castilla al blando yugo,
Se humillará del verdugo
Bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvidéis
Que si no cesa el tumulto,
Hago degollar á bulto
A cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
De pescadores soeces
Como ellos ponen sus peces
Prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
Una voz esos infieles,
Sobre sus propios bajeles
Se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. ¡Hola, servidor leal,
Te esperaba con ardor!

¿Qué hay por ahí?

Diego. Nada, señor.

Ya está remediado el mal.

Vir. ¿Cuál ha sido la ocasion
De esa bulla?

Diego. El santo celo

De pedir de Masanielo...

Vir. ¿Qué?

Diego. La canonizacion.

Vir. ¡Diego!

Diego. No es mas que lo dicho:

Esos pescadores ruines
Que han dado en armar motines
Con el mas terco capricho,

Su cadáver exhumaron,
Y en procesion funeral
De su amigo el cardenal
Hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
Mendigos, viejos, muchachas
Con faroles y con hachas,
Pedian á grandes voces
Que declarase por santo
Al rebelde Masanielo,
Mártir de Dios.

Vir. Y el capelo

¿Qué es lo que hacia entretanto?

Diego. Estarse como un huron

Encerradito en su alcoba,

Que no es su eminencia boba,

Ni peca de imprevision.

Ya el populacho impaciente

Al ver señas tan inciertas

En el cardenal, sus puertas

Desvencijaba insolente.

Mas todo ello concluyó

Muriendo sus esperanzas,

Cuando con setenta lanzas

Metime en la plaza yo.

El que en sus piernas no puso

Su salvacion, la cabeza

Perdió allí por su torpeza.

Ya sabeis que este es el uso.

Y á los minutos siguientes,

Las mas bravas, en dos filas,

Los tazones y las pilas

Festonaban de las fuentes.

Con lo cual, los que escaparon

De esta justicia agarena,

Sin duda en cabeza ajena

Escarmentando callaron.

Vir. Tu lealtad no se acrisola

Hasta sacar con sigilo

El ovillo por el hilo:

Esa hoguera no arde sola.

Diego. Teneis razon; mas espero

Que con el cabo en que toco,

Tirando poquito á poco

Sacaré el ovillo entero.

Vir. Veo, Diego, tu destreza.

Diego. Y os asombrará algun dia:

O soy ó no soy espia.

Vir. ¡Con que todo...! pues empieza.

Diego. De estas revueltas el germen

No está en el pueblo que grita;

El cardenal, que os evita,

Y el viejo duque no duermen.

Vir. ¿El de Guisa?

Diego. O yo estoy ciego

O ese ovillo y esa hoguera

Atan y soplan de fuera

Los dos; escuchadme, os ruego.

Hará como unos tres meses
Que á una muger misteriosa
Trajo á esta ciudad dichosa
Un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
Tal precaucion en taparse,
Que fué inútil afanarse
En averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
Ni alzó su velo tupido
A un saludo comedido,
Ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
Libertad, nobleza y oro,
No desmintió su decoro
Ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
Los nobles mas perspicaces,
Los mancebos mas audaces
Desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
Ni pagecillo ni dueña
A quien el dinero empeña
En dar ó tomar papeles.
Solo un sombrío escudero,
Con traje ó disfraz de España,
En silencio la acompaña
Frio como ella y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
Con su espadon abrazado,
Con militar desenfado
Por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
Jamás se la vió pasar
Sino para ir á rezar
Vir. ¿Adónde?
Diego. A la *Incoronata*.
Vir. ¿A la *Incoronata*!
Diego. Sí,
En la iglesia mas vecina
De la calle Catalina.
Vir. ¿Vive esa muger allí?
Diego. Allí vive.
Vir. ¿En una casa
De seis balcones?
Diego. ¡Por Dios!
¿La conoceriais vos?
Vir. Tengo una noticia escasa
De esa muger.
Diego. No sé cómo,
(*Con intencion.*)
Porque un hombre hay solamente
Que logró hablarla audazmente,
Y aunque jamás tuvo asomo
De favor con la hermosura,
Rondó de noche á sus rejas,
Y aunque entonó amantes quejas
Bajo de ellas se asegura...

Mas sin duda el escudero
Salió una noche al cantor,
Porque hubo en una rumor
Tras del cántico, de acero,
Y el músico no volvió.
¿Mas qué tenéis?
Vir. Impaciencia
De oír tanta incoherencia
Como tu labio ensartó.
¿Qué diablos tiene que ver
Con esta conspiracion
Ese page, esa cancion,
Ni ese hombre, ni esa muger?
Diego. Idos, señor, poco á poco,
Que si os dignais escuchar,
En ella habreis de encontrar
De esta rebelion el foco.
Vir. Muger, tan jóven, tan sola...
Eso es imposible, Diego.
Diego. Mudareis de opinion luego
Que sepais que es española.
Vir. ¿Española!
Diego. Sí, escuchad.
Visteis de ayer la horrorosa
Tormenta.
Vir. Sí, sí; espantosa
La mar estuvo en verdad.
Diego. Pues bien, á la hora postrera
De esta noche tan fatal,
Víctima del temporal,
Zozobró aquí una galera.
Toda su tripulacion
Se hundió en el mar iritado:
Solo un hombre pudo á nado
Encontrar su salvacion.
Con serena bizarría,
Con invencible constancia,
Ni le arredró la distancia,
Ni temió la mar bravía.
Luchó por mas de una hora
Contra las ondas, y al cabo
Agotó su aliento bravo
Al despuntar de la aurora
Con sus primeros albores
Desde su barca le vieron,
Y en ella le recogieron
Unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
Pasa ya de años cincuenta,
Mas que tiene de los treinta
El brio y la agilidad,
Traia colgado al cuello
De metal un cajoncillo
Y en un dedo un grueso anillo
Con blasones y con sello;
Rezó un momento, el tesoro
Guardó que en la caja encierra,
Y pagó el saltar á tierra

Con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
Por oscura enrucijada
Sin que dejase marcada
Su huella desconocida.
Y de mi gente mas lista
Los ojos mas perspicaces
No han sido hasta ahora capaces
De rastrearle la pista.
Vir. ¿Mas qué tiene, pesiamí,
Todo ese cuento que ver
Con aquella otra muger?
Diego. Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
Nos dió, sospecha certera
Tuvimos de esa estrangera
De la calle Catalina.
En su casa sospechamos
Que estaba el náufrago oculto,
Y hace media hora que á bulto
En ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
Su alcoba, tras visto todo.
Vir. ¿Y estaba?
Diego. De ningun modo:
Reposando muy tranquilo
En su propio lecho hallamos,
No al náufrago misterioso,
Sino al mozo mas hermoso
Que haber visto recordamos.
Vir. ¿Voto vá!
Diego. Los veinte abriles
Contará apenas tal vez:
Pero es un mozo ¡pardiez!
Gentil entre los gentiles.
Vir. Concluye en fin...
Diego. Con voz fiera
Nos dijo insultos atroces,
Mas yo desprecié sus voces,
Y hallé al fin esta cartera
Bajo de su almohada.
Vir. A ver. (*La mira.*)
¿Cartas del duque de Guisa!
Diego. Por eso con tanta prisa
Os las vine yo á traer.
Y este retrato ademas
(*Date un medallon.*)
Que tomé del cuello de ella,
Por si aclaraba la huella
De algun rebelde quizás.
Vir. Dame: es de un hombre y anciano.
Diego. ¿Qué noble fisonomía!
¿Le conoceis?
Vir. No á fé mia,
Pero es de maestra mano.
Mas ese mozo...
Diego. Le traigo
Preso.

Vir. ¿Y la jóven?
Diego. Ahora
Clamando por veros llora
En la antesala.
Vir. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
Su hermosura interponer.
Diego. Dice que espera mover
Vuestro corazon, señor.
Vir. Diego, trámele al momento.
Diego. ¿Ver su escelencia no quiere
A esa muchacha?
Vir. Que espere
En el próximo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY.

¡Ira de Dios, ella es!
Ella... mas juro á los cielos
Que él aplacará mis zelos
Agonizando á mis piés.
¡Ah! todo lo veo claro;
¡En huirme tanto afan
Era por ese galan!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY; DON RODRIGO, ENTRA;
SOLDADOS; DIEGO.

Vir. (¡Gallardo mozo en verdad!)
¿Con que eres tú ese villan
Que osa con traidora mano
Del rey á la majestad?
Rod. Señor conde de Vergara,
Mudad si os place de tono,
Que es fácil que tanto encono
Os salga luego á la cara.
Vir. ¡Infame!
Rod. Señor virey...
Yo tengo un nombre mejor,
Que puede con mucho honor
Servir aun al mismo rey.
Yo me llamo Don Rodrigo
De Luz, conde de Monforte,
Y no hay uno en vuestra corte
Que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios,
No podeis en juicio osar,
Porque sus culpas juzgar
Toca al consejo, no á vos.
Vir. Si lástima no tuviera
A vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
Ya para vos no saliera.

Que aunque decís, con razon,
Que no puedo á un noble osar,
Puedo sin embargo aborcar
Un reo de alta traicion.

Rod. ¡Yo traidor!

Vir. Pruebas son hartas
Que os pueden matar y aprisa,
Del noble duque de Guisa,
Conde Rodrigo, esas cartas.

Rod. ¡Esas cartas que son obra
De algun esbirro impostor!

Vir. Para llamaros traidor
Con cualquiera de ellas sobra.

Pero dejemos á un lado
Cuestion que nos sienta mal,
Y que justo el tribunal
Fallará por de contado;

Vos sois noble y me habeis hecho
Tan á tiempo esta objecion,
Que renuncio con razon
De juzgaros el derecho.

De próceres tenéis, sí,
Un tribunal competente,
Y no hay miedo que yo atente
A vuestros fueros allí.

Nada de eso; mas con todo,
En calidad de virey,
Con los traidores al rey
Me cumple obrar de otro modo.

Por lo cual, antes de ir
Al tribunal que apelais,
Quiero yo que me digais,
Y os ruego que sin mentir,
¿Qué relaciones os ligan
A una jóven estrangera?

Rod. Es impostura grosera,
Señor, cuanto de ella os digan.

Vir. De estar como vos la acusan
Puesta en comunicacion
De vuestra conspiracion
Con las cabezas.

Rod. ¡Oh, abusan
De vuestra bondad, señor,
Es inocente!

Vir. Mancebo,
No sé lo que de ella debo
Pensar por vuestro temor.

Rod. Es inocente, os lo juro,
Señor virey; lo demas
Un secreto es que jamás
Saldrá de mí.

Vir. Os aseguro,
Señor Monforte, que tengo
Resuelto saberlo todo
Y lo direis.

Rod. De ese modo,
Señor virey, os prevengo
Que tan jóven como soy

Tengo un alma tan entera,
Que sin deciros muriera
Lo que en callaros estoy.

Vir. Bravatas de vuestra edad;
Si yo os pongo en la tortura,
A pesar de esa bravura,
Confesareis la verdad.

Rod. Señor conde de Vergara,
Antes que sufrir tal mengua,
Os escupiré la lengua

Desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!

Antes que hablara yo en ella,
Se apagaria la estrella
De uno de nosotros dos.

Aquí vendria mañana
Injuria tan afrentosa
A vengar la generosa
Nobleza napolitana.

Y el pueblo, que os aborrece,
Con ella unido á la vez,
Vuestra tirana altivez
Pagara como merece.

Vir. Siempre las revueltas olas
De esa servil muchedumbre
Cederán segun costumbre
A mis lanzas españolas.

Rod. No os fleis tanto, señor,
Que aunque pobres pescadores,
Contra duros opresores
Su fé les dará valor.

Vir. Basta: vuestra audacia iguala
Vuestra perfidia: y oid
Un buen consejo.—Salid. (A los guardias.)
Diego, espera en la antesala.

(Salen los guardias y Diego.)

ESCENA VII.

EL VIREY, RODRIGO.

Vir. Oidme, jóven conde de Monforte.
He hecho salir á todos esos testigos cuyos
oidos torpes, oyendo mal lo que nada les
importa, podrian interpretar peor palabras
que no estarian en estado de comprender.
Ahora pues que estamos á solas, voy á daros
un consejo que espero no despreciareis por
lo mucho que os interesa.

Rod. A la verdad que no alcanzo, señor
virey, el verdadero sentido que quereis dar
á tan retórico circunloquio; pero ya os he
dicho que desprecio vuestras amenazas, y
espero á mi vez que no tendreis el orgullo
de creer que vuestros torcidos consejos ha-
rán mas mella en mi corazon.

Vir. De todas maneras, oid lo que os
quiero aconsejar.

Rod. Decid, que os escucho.

Vir. Vos sois aun muy jóven para cono-
cer el mundo y las pasiones tal como son en
sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo,
muy jóven, y me desagradaria veros ir al
cadalso con la frente serena y con heroica
resolucion por una causa indigna de un
alma tan noble como la vuestra.

Rod. Os he dicho, y os lo repito por últi-
ma vez, señor conde de Vergara, que no
tengo parte alguna en la conspiracion pre-
sente, y que esas cartas del duque de Guisa
son una impostura infame.

Vir. No es de eso de lo que se trata
ahora. No son las cartas del duque, ni la
conspiracion, la causa indigna de vos; no:
puesto que tenéis un tribunal competente
que os juzgará, si estais inocente como de-
cís, si no habeis conspirado como asegurais,
nada tenéis que temer de la rectitud de
vuestros jueces. De lo que yo quiero habla-
ros es de esa estrangera.

Rod. ¡Señor virey!

Vir. ¡Oh! veo que la amais con toda la
sencillez de vuestro corazon y de vuestros
veinte y dos años.

Rod. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro.
Hace mucho tiempo que mi existencia no
tiene otro halago ni otra esperanza: pero el
origen de esta pasion con cuyo encanto
vivo, la razon oculta de mis relaciones mis-
teriosas con esa jóven son un secreto de fa-
milia que nadie tiene derecho á escudriñar,
y cuya confesion os protesto que no arran-
carán á mis labios ni vuestras amonesta-
ciones, ni vuestra tortura.

Vir. Estais trastornado, buen jóven;
vuestra imaginacion fascinada os hace ver
esapasion por un prisma encantado que em-
bellece y perfecciona cuanto toca al objeto
que os la alimenta. Pero creedme, no com-
prometais vuestros dias, el lustre de vuestro
nombre y el reposo de vuestra madre por
una muger, que abusando de vuestra ciega
confianza os paga muy mal la buena fé con
que la entregais vuestra alma inesperta.

Rod. ¡Vive Dios, señor virey, que los que
han calumniado en vuestra presencia á esa
infeliz criatura han mentido como villanos!

Vir. Acordaos de que empleo inmensos
caudales en mantener una severa cuanto
necesaria policia, cuyos individuos tienen
obligacion de penetrar hasta los secretos mas
íntimos de las mas oscuras familias. Acor-
daos de que esa muger, que ha escitado mis
sospechas hace algun tiempo, ha sido segui-
da, espia por todas partes, de noche y de
dia; y que no ha dado un paso, no ha pro-

nunciado una palabra, no ha exhalado un
suspiro que no haya venido á retumbar en
los oidos del virey de Nápoles, quien os
asegura que sois victima de su falsedad.

Rod. Penetro todo el veneno de vuestras
frases, señor virey. Quereis vengaros de la
firmeza que os he manifestado, del despre-
cio que he hecho de vuestras amenazas fiado
en mi razon y en la nobleza de la clase á
que pertenezco, y quereis emponzoñar mi
alma, envolviéndola en las tinieblas de la
duda, acerca de lo único en que creo y es-
pero despues de Dios: en el amor de esa
muger. Pero os habeis equivocado; la co-
nozco mas de lo que pensais, leo en su
corazon mejor que vos en el mio, y me
atrevo á juraros por las cenizas de mi padre,
que no hay en todo Nápoles un solo hom-
bre que pueda jactarse de haber visto el
brillo de sus ojos, ni de haber escuchado
el encanto de sus palabras.

Vir. ¡Pobre jóven! me dais compasion.
¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos
ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento
hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus piés
pidiendo misericordia?

Rod. Eso es imposible, virey.

Vir. ¿Y si no lo fuera?

Rod. Repito que es imposible, y si hu-
biese algun comprado impostor que se atre-
viese delante de mí á sostener tamaño ab-
surdo, por Dios que serian las últimas
palabras de su vida, porque yo se la arran-
caria donde quiera que le encontrara.

Vir. Pues bien, vos mismo sereis juez
en este asunto; voy á mandar que introduz-
can á esa muger en este salon, y vereis,
noble conde, como no es vuestra presencia
lo que mas va á sorprender á la señora de
vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS, DIEGO.

Diego. ¿Qué mandais, señor?

Vir. Haz entrar á esa muger, acusada
como cómplice del noble Don Rodrigo de
Luz, conde de Monforte. (Al conde.) Espiad
bien el momento en que pase el dintel de
esa puerta, y preguntaos á vos mismo á
quién de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY, DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (*Cae de rodillas á los piés del virey.*)

Rod. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

Vir. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

Ang. ¡Señor virey!

Vir. Silencio digo. ¿Y sabéis, jóven, porqué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningún hombre; y esto ya podéis conocer, buen Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Ang. No, señor virey, mil veces no.

Vir. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rod. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

Vir. ¡Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Ang. Yo no sé mentir: le he visto.

Vir. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

Rod. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo.

Vir. ¿Qué queréis?

Rod. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oír: ¡oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría: os lo aseguro.

ESCENA X.

DICHOS, DIEGO, GUARDIAS.

Vir. Guardad en el aposento inmediato á este noble jóven.

Rod. Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

Ang. ¡Perdon, señor, perdon!

Vir. á Angelina. Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id,

pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY, ANGELINA.

Ang. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros, pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veía que me seguiais por todas partes: oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pié de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habiais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegar al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! todo lo sacrificé, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Vir. ¡Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, si; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los zelos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres, ¡y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del estado?

Ang. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera; y no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen María que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. — Pero es una infame falsedad, porque yo se las vi sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! yo no soy mas que una infeliz muger; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

Vir. Y nadie te creará, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque, aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían mas que agravar la mala causa de tu amante.

Ang. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mia! meditat mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mugeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocarse como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Vir. ¡Vos condesa de Monforte!

Ang. Sí, señor virey, esposa de Don Rodrigo.

Vir. ¡Su esposa! ¡Oh! circunstancia es esta que no le libraré del cadalso.

Ang. ¡Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os pretesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepais para que nos hagais justicia. — ¡Hemos sido tan desdichados!...

Vir. ¿Vas á darme algunas noticias de los demas jefes de esa conspiracion?

Ang. ¡Ah! nada sé de eso, señor. — ¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! es una historia completa. Si os dignais oírme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Vir. ¡Española!

Ang. Sí; recibí mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosias y de los rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo

mancebo que venia todos los días á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Vir. Continuat, continuat.

Ang. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: advertida de que llegaba el término de mis días, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hizolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrara mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aquí porque nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á hacerlos una súplica postrera.

Vir. ¿Cuál es?

Ang. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si así lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me visteis por la primera vez. — Ya sabéis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes: servios, pues, mandad dar libertad á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

Vir. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

Ang. ¡Oh! ¡cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

Vir. Poniéndote bajo mi protección.

Ang. ¡No, jamás!

Vir. Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí: de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto; y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

Ang. Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

Vir. Elige, pues.

Ang. No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarneadas por la hez del populacho.

Vir. Sea. — ¡Diego!

ESCENA XII.

ANGELINA, EL VIREY, DIEGO.

Vir. Conduce á esta muger á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

Ang. ¡Mónstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

Vir. Basta. — Diego, haz que dentro de una hora se reúna el consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS.

(*Los guardias conducen á Angelina en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.*)

Diego. Conducidla, con todo el miramiento de que seáis capaces, á la prisión mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevaís ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV.

DIEGO; DON RODRIGO, QUE SE PRESENTA A UNA SEÑAL DE DIEGO.

Diego. Venid, jóvenes.

Rod. ¿Adónde vamos?

Diego. A los calabozos de palacio. Pero

desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

Rod. ¿Qué quieres de mí, miserable?

Diego. Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcáis á vuestros amigos, y los distingáis de los que no lo son.

Rod. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballero, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidéis que no os he faltado á la consideración que merecís, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amais, mas bien como una imagen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubon el individuo de quien os hablo.

Rod. ¿Y quién es, ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rod. ¡Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues seréis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incononata. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiérais vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rod. ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

Diego. Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta

zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un huron entre los confesonarios de la Incononata, y todo lo he visto, todo lo he oído... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rod. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el virey insultó á las mugeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mugeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rod. ¿Adónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: « Conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa, » me hubierais contestado que mentia como un bellaco. Si os hubiera dicho: « Conspirad con nosotros para derrocar al virey, » me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro: el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra muger. Ahora, conde de Monforte, ¿quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rod. ¿Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rod. ¿Y á Angelina?

Diego. ¡Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rod. No quiero: ó los dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. ¿Dudais? Veo que no teneis fé en mi resolución, porque ignorais las razones que tengo para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenia una muger como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rod. Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rod. ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rod. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavía otra seguridad.

Rod. ¿Cuál?

Diego. Pondré á vuestra muger en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

Rod. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá Dios y medraremos.) (*Diego conduce á Don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY; LOS CINCO JUECES DEL CONSEJO SECRETO SENTADOS AL REDEDOR DE LA MESA; ANGELINA, SENTADA EN UN TABURETE SIN RESPALDO.

Juez. En fin, señora, si os obstináis en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creará por vuestro silencio que, conociendo culpable, no teneis razones con que defenderos.

Ang. El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitación suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servios pues contestar ingenuamente.

Ang. Servios, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vinculos mas sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredarais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me hariais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé